

El otro mundo posible y los tejedores de la esperanza

Laura López Argoytia

Al conversar resulta evidente su compromiso de vida, su vocación de docente, su forma especial de comunicarse y su arraigo a la tierra que lo ha acogido. Su sonrisa franca se transforma en voz dura y contundente cuando es preciso, y cada palabra tiene su momento y su lugar. Fernando Limón Aguirre es doctor en Sociología e investigador de la línea Culturas y Educación de ECOSUR. Interesado en los conocimientos culturales de los pueblos, educación y ética intercultural, entre otros temas, nos comparte andares y esperanzas desde su palabra apasionada.

¿Cómo te recuerdas de niño?

Me recuerdo inquieto, juguetón, en ambientes de estrecha relación humana: con mis hermanos, los vecinos, en la misma escuela... Me relacionaba con los demás con naturalidad y amistad. Por ejemplo, sabía los nombres de todos mis vecinos, y digamos que en la escuela me sentía como en casa. Nunca me sentí ser anónimo, sino que era yo y podía establecer relaciones de mucho contacto, de *saber* quiénes

Conversación con Fernando Limón

eran las personas. Creo que ésa es la nota característica de la infancia: mucho cariño, sentirme ser parte de cada cosa en la que estaba porque conocía el ambiente, el entorno, la gente.

Nunca perdiste esa forma de ser...

Probablemente no la perdí, pero ahora quizá voy concentrándome más en otros asuntos, como en enfocar más energías a los ambientes de mis hijos en esta etapa de su crecimiento. Recuerdo que para mí era muy importante saber que cada cual con quien yo me relacionase tenía nombre, rostro, un tipo de voz, historia, y bueno, de algún modo eso ha quedado.

¿Y por eso estudiaste sociología?

No, aunque después me di cuenta de que algo había de eso. Resulta que yo me había venido a Chiapas en 1983 a trabajar con la Diócesis y quería mantenerme aquí, pero mi familia me insistió para entrar a la universidad. Condescendí con una cierta intuición de que era lo correcto y tuve que elegir carrera con rapidez. Leí la lista de carreras en la UNAM y al llegar a sociología, la escogí. Me llamó la atención porque yo había leído mucho sobre la teología de la liberación y las lecturas hacían referencia a los aportes de la sociología para la reflexión teológica. Obviamente mi ámbito en esa disciplina nunca fue urbano, no podría serlo pues necesito estar en relación con el campo, con la naturaleza; me resulta vital caminar en un bosque, tener contacto con una laguna, con un sendero.

¿Cómo fue tu etapa universitaria?

Tuvo la característica de que yo estaba conectado con Chiapas, con la selva, con las comunidades tojolabaleras. Venía en "puentes" y todas las vacaciones porque asumía que ésta era mi tierra y la ciudad de México era el sitio a donde yo iba a estudiar. Y cuando venía era

para irme a meter en las comunidades. En 1986 se dio la primera gran huelga de la UNAM después de los acontecimientos del 68 y el 71. Por supuesto, participé y fue el tiempo del gran desgarre con mi familia, que no lo aceptaba. Hubo terribles polémicas y eso aumentaba mi convicción, no sólo de manera analítica sino también por corazón, pues me confirmaba que en el grupo conservador son incapaces del diálogo, aún en mi propia familia, que los quiero mucho. El último año de la carrera lo viví acá en la selva y me involucré en la dinámica de vida, de frustraciones, de dolor en las comunidades. Estamos hablando ya de 1987, siete años antes del levantamiento del Ejército Zapatista (EZ).

¿No te costaba trabajo coordinar esta vivencia emocional con el trabajo académico de hacer una tesis?

Sólo parcialmente. Terminé yéndome a México para concluir mi tesis porque al estar tan involucrado no tenía la sabiduría de dedicar tiempo a la sistematización, a la escritura; pero al mismo tiempo iba entendiendo que la academia no está separada de la vida social. Mi tesis de licenciatura tiene como subtítulo: un caso de investigación militante. La investigación militante es una de las formas de la investigación-acción participativa, con la característica de que la convicción del investigador es que la causa con la que está trabajando es también su propia causa. Siempre lo asumí así.

Lo que más se me dificultaba para escribir era que no sabía hasta dónde podía divulgar lo que estaba viviendo, sobre todo en aquella época de mucho sigilo, de una discrecionalidad absoluta. Eso lo he tenido que ir madurando con el tiempo, pues mi tema de estudio ha sido el conocimiento cultural, que es el ámbito de la resistencia, adonde no han podido penetrar los cuerpos ideológicos del sistema, ni la Iglesia, ni la escuela,

ni los agrónomos ni nadie, ya que implica las convicciones más profundas de los pueblos. Entonces, si yo sé que esta discrecionalidad ha sido un factor de resistencia, qué tanto decir y cómo decir, especialmente porque la academia es terriblemente colonial y es muy fácil que cualquier cosa que yo diga entre en un discurso folclorizante, academicista, sancionador.

A pesar de esto, sí creo en la posibilidad de una academia que no tenga una lógica productivista en consonancia con el sistema opresor. Ahora, cada vez estoy menos angustiado por los criterios de evaluación y estoy más comprometido con mi forma de caminar. Sí se puede ser un investigador que trabaja para el pueblo, por el pueblo y con el pueblo. Sé que hay centros donde esto es imposible y se expulsa a las "notas disonantes", y podría ser que en ECOSUR llegara a darse el caso. En realidad yo no quiero ser una nota disonante, sólo quiero ser consecuente con mi compromiso de vida, y me complace mucho que en esta institución haya investigadores que son *gente* y no sólo *académicos*.

¿Puedes ampliar el término de conocimiento cultural?

Incluye el modo de vida, en un territorio, de cada persona que se sepa y se asuma parte de un pueblo, de *su* pueblo. Es esa especie de pauta desde la que vivimos el día a día, desde la cual nos relacionamos con el tiempo, con la naturaleza, con los cultivos, con las demás personas, con uno mismo, con nuestra enfermedad, nuestra muerte, con la muerte de los demás, con Dios. Dicho en pocas palabras, es cómo vivimos, y enfatiza la noción de que los modos de vida se corresponden a los pueblos como memoria y como esperanza. Cada pueblo tiene una cultura que ha venido hilvanándose como sentido en profunda relación con su territorio. Y ahora resulta que en este mundo de migrantes, viene en cuestión: cuál es tu modo de vida y cómo vives en el lugar nuevo al que vas. Por ejemplo, pensar en el contingente de millo-

nes de personas que han migrado a la ciudad de México sin tener la humildad y la sapiencia de averiguar cómo se vive en el lugar... Porque hay un pueblo que habita ahí ancestralmente, con una cultura y una sabiduría, que conocía y conoce, por ejemplo, al agua, el sistema de la zona lacustre... No llegar con la humildad de aprender es avasallar a la gente que sabe vivir allí y avasallar el entorno natural. Da la impresión de que el modo de vida de todos es uno único o ha de ser uno único, y si yo me voy al Polo Norte o al desierto del Sahara o a la Selva Lacandona o a los Himalayas, puedo hacer la vida de igual forma donde sea que me mueva, y llego y hago un desastre en ese lugar porque me resulta fácil poner clima artificial y llevar latas y acarrear todo un sistema de cómo consumir. Esto es parte de una lógica de control colonialista de pensamiento en el que ya no sólo se controla el trabajo y se extrae el plus valor del trabajo del obrero, como lo dijo Marx, controlan también el espíritu, la mente, el modo de vida. ¡Eso es el desarrollo! Lograr que en cualquier lugar del planeta se viva de la misma manera. Entonces el asunto de los conocimientos culturales es de vida o muerte para la humanidad, para la naturaleza.

El conocimiento cultural hace parte de la lucha de los pueblos y la defensa de sus territorios, de los movimientos organizados antisistémicamente, y si queremos encontrar lo alternativo, esta noción de que otro mundo es posible!, no nos lo tenemos que inventar ni ir a descubrir a otra parte. ¡No! Tenemos que volver a arraigarnos, volver a saber cuál es el conocimiento que fueron tejiendo los pueblos a lo largo de siglos de habitar en su territorio; tenemos que apelar a los conocimientos culturales de los pueblos; dejar de querer lo que se nos plantea como deseable: el confort y el consumo, y anhelar la transformación del mundo a partir de lo que nos enseñaron los papás-mamás, abuelos y abuelas de nuestro lugar. La simple reflexión sobre esto ya va haciendo el mundo distinto.



FERNANDO LIMÓN

Los abuelos en diálogo. (Imagen en una cueva de Tziscaco)

¿Eso sería la verdadera interculturalidad?

Más que ser eso, pasa por eso. Pasa por dejar de ser avasalladores y colonialistas, es decir, si yo conozco a mi pareja, lo que más quiero es que ella cada vez sea más realizada a partir de lo que es y tiene como potencia, como ser independiente de mí; mi relación con ella tiene que hacer florecer esa potencia y no someterla a que actúe como yo quiero. La interculturalidad es la posibilidad de que en el encuentro y en el diálogo cada cual florezca desde el conocimiento del otro, que seamos "nosotros-los otros", porque en el discurso del desarrollo es "él", "ellos", "los pobres", siempre el terreno nebuloso de la tercera persona sin aceptar el reto de mirar cara a cara a alguien para dejarse interpelar. Al mirar realmente al otro lo reconocemos y nos conocemos. Interculturalidad es pues, la afirmación de cada uno a partir del otro. El problema es que las cosas no están muy parejas que digamos desde hace muchísimos años, así que quien ha sido tradicionalmente beneficiado debe desdibujarse para que el otro florezca. Una educación intercultural tendría que reforzar el conocimiento

cultural de los otros y disminuir al máximo posible los conocimientos que hemos calificado como "lo enseñable" desde nuestra posición. Es una cuestión ética que considera la historia.

Entonces no estás de acuerdo con el término "desarrollo sustentable".

Para nada. El desarrollo es un monstruo avasallador. Si lo miramos en cualquiera de sus facetas veremos que implica y ha implicado mucha muerte, la pérdida de autonomía y de tradiciones, que son el horizonte desde el cual vivimos; así que al ir tras el desarrollo no nos damos cuenta de que vamos perdiendo la posibilidad de establecer relaciones con la vida y el mundo según nuestra cultura e ignoramos a quienes viven con nosotros con la sabiduría de habitar en un territorio determinado.

La noción de "sustentabilidad" está muy en debate, pero en ese sentido me gusta. La sustentabilidad nos pone el reto de la no muerte de los recursos porque reconoce las diversas facetas de la vida –no humana, sino *la vida*–, y no se gravita en torno de nosotros ni mucho menos del capital. En cambio, en el término desarrollo sustentable se hace juego a una lógica de usufructo de

recursos, a un sistema de relaciones sociales, de organización de tiempo y espacio en el que hay una jerarquía y lo que está más abajo en esa jerarquía es omitible. Por eso hasta ahora prefiero la noción de sustentabilidad. Y digo hasta ahora porque recientemente logré elaborar una contrapropuesta a la noción de "construcción social de la realidad" que antes me gustaba; ya me di cuenta de que no es así, el asunto es *tejer*... Las palabras son pertinentes, son código, y así, en este mundo los "constructores construyen" en cualquier sitio sin considerar si era zona de cultivo, recarga de mantos acuíferos o si era un área de otro pueblo. Ni la realidad ni el conocimiento se construyen donde no había "nada", sino que se tejen con los recursos con los que se cuenta y con manos artesanales.

¿Qué palabras no cambiarías?

Anhelos, amor, amistad, esperanza, memoria. Porque nos brindan una sensibilidad especial y la certeza de que nada es estático; mañana puedo estar peor que hoy, pero eso no hace que yo deje

de anhelar junto con otros lo que hoy no se da y lo que soñamos juntos.

Tampoco cambiaría la poesía como palabra, porque cuando anquilosamos la memoria, la poesía la tiene que desanquilosar; cuando el anhelo se convierte en sinónimo de desarrollo, la poesía tiene que rescatar el sentimiento esencial para no dejarse sucumbir en una cuestión programática y que podamos vivir en un tejido en el que todos participamos.

Mencioné varias palabras pues nada es único, todo es una combinación. Hasta los dioses... si uno solo da su palabra puede ser impositivo y todo se desequilibra si los otros no dan también su palabra.

Hablabas de la esperanza de los pueblos. En el caso de los chuj donde cuestiones de "identidad" como lenguaje o vestimenta no están a flor de piel, ¿dónde radica la fuerza del pueblo, la esperanza?

En la vida cotidiana, en el conocimiento cultural. Ese pueblo tan desdibujado, tan negado sistemáticamente por el gobierno mexicano, pareciera que no tiene la mínima capacidad de plantearse como antisistémico, como rebelde, como resistente. No se proclaman ser del EZ, y siendo mexicanos tienen miedo de que los corran de este país. A pesar de esa condición de opresión, en su cotidianidad viven la posibilidad de ser pueblo y de organizarse eligiendo representantes. Cuando en una pequeña comunidad un representante no actúa como debe, lo corrigen, lo sancionan y le recuerdan que su posición es mandar obedeciendo, que es autoridad porque está al servicio del pueblo. Desde esa vida cotidiana

hacen vigente el mandato del respeto como código ético fundamental para relacionarse con el existir. ¿Qué es lo que ha hecho que en tantas décadas de organización democrática, de desarrollo y de gobierno con todas sus cualidades negativas, este pueblo se siga organizando más allá de cúpulas organizativas y burocratismos? Eso es conocimiento cultural, modo de vida cotidiana. En medio del sistema dominante e injerencista, los pueblos indígenas logran ir a su ritmo, a su modo; son nuestra salvación.

¿Cuál es tu pueblo?

Mi pueblo es la gente con la que vivo desde hace muchos años, los mayas de esta región; con sus debidas particularidades. En ese pueblo yo soy un niño toda la vida, pues como no nací ahí siempre estoy aprendiendo y tengo derecho de preguntar y de que me vayan guiando. Por más edad que yo tenga o por más identidades que la vida me vaya "colgando", que si es investigador, que si es *kaxlan*¹ o doctor, de todos modos puedo saberme aprendiz en todo momento.

¿Cuál ha sido tu mejor enseñanza?

Mis papás me enseñaron la verdad. Los mayas junto con mis papás me han enseñado a caminar; los chuj más recientemente me muestran el respeto, sólo puedo respetar cuando conozco lo que es el otro. Es muy gozoso saberme receptor de una gran enseñanza: saber llegar al terreno donde la verdad no es asunto a discutir; es una especie de cualidad de quienes en los distintos pueblos profundizan en ello y logran contactar a Dios en su corazón. Creo que estamos pisando la edad en la que tenemos que hacer mucho más explícita la búsqueda ya no del conocimiento sino de la contemplación para que llegue el momento en que rebasemos toda palabra porque estaremos en sintonía con *la* melodía, con *la* poesía, con *la* verdad. }{

Laura López es coordinadora editorial del Departamento de Difusión y Comunicación de ECOSUR (llopez@ecosur.mx)

¹Palabra que designa a blancos o mestizos en comunidades indígenas.

